

Por SAUL M.
RODRIGUEZ AMENABAR

Adolescencia y familia

La familia es el sitio natural del ser humano. En ella comúnmente se nace, y comúnmente se desarrollan la niñez y la juventud hasta el momento del matrimonio.

El niño es tributario, en grado insospechado, del ambiente familiar... para bien o para mal. Ya sabemos lo que son esos chicos que intercalan en su lenguaje frases de grandes, recogidas de lo que se dice en la mesa, o repiten sin asignar exactamente su sentido, dichos de abuelos, padres o tíos. De ahí que la mentalidad de una familia, tanto en lo material como en lo moral o lo cultural, deje su pesada impronta en el niño que va creciendo.

Lo cual también puede decirse de personas maduras. Maneras de hablar y de ver se transmiten con más fidelidad que cualquier otro legado. Y ello puede pesar hasta tal punto, que hay personas absolutamente incapaces de pensar contraria-

mente a lo que siempre se hizo o se dijo en la casa. Lo mismo pasa en punto a costumbres de toda índole: en las comidas —no gusta lo que no se viene haciendo desde los años mozos—, en los paseos y diversiones, en las lecturas, inclinaciones, etc....

De modo particular, los hijos grandes que no se han casado, y por lo tanto no han tenido una influencia fuerte de otra mentalidad familiar, son fieles reproductores de una línea sin mayores mezclas. Los casados, en cambio, necesariamente tienen que empezar a convivir con nuevas maneras de enfocar las cosas, lo cual supone un esfuerzo de adaptación que siempre termina enriqueciendo la personalidad.

De esta lenta y segura sedimentación ambiental no escapa el adolescente. Muy por el contrario, algunas situaciones que se plantean en el hogar, tienen una reper-

cusión sumamente honda en toda su estructura mental, y se prolongan durante toda la vida.

Así por ejemplo, la economía —amplia o angustiosa—, los criterios morales, la capacidad de comprender y adaptarse a la exuberante inquietud del adolescente, el enfoque espiritualista o materialista de la existencia, son jalones que van conformando una imagen total, imagen que tendrá su calco más o menos completo, en la actitud que se va a tomar el día de mañana.

Vamos a ir desglosando uno por uno estos tópicos fundamentales.

● *FAMILIA Y ECONOMIA*

La situación económica del hogar, es uno de los problemas más candentes de la actual organización social.

Ha progresado las ciencias y las técnicas. El automatismo es ya un hecho industrial. Tenemos asomos de viaje a la Luna y submarinos atómicos. Pero el hombre sigue ganando el pan con el sudor de su frente y la abundancia no es la característica de la política económica moderna.

Donde primero se siente la dificultad es en el propio hogar. El padre llega de la calle cargado de cansancio y sabe que esa fatiga no recompensa sus necesidades. La madre ha estado todo el día luchando para hacer alcanzar el presupuesto y no siempre está en condiciones de ponerse al lado del marido para rodearlo de la ternura que el hombre anhela. Poco a poco se va perdiendo el ritmo, y el tiempo elimina las delicadezas de los primeros tiempos de matrimonio. Sencillamente, otras preocupaciones han reemplaza-

do los primeros sueños, y los más directamente perjudicados son los hijos.

La lucha diaria y la inseguridad del mañana, en un clima de estrechez obligada, golpean al ánimo de los mayores. Y siendo éstos los que dan el tono al ambiente de la casa, los niños serán los depositarios de las consecuencias. Es verdad que el niño aún no reflexiona como para darse cuenta cabal de lo que pasa, pero sin embargo, "vive" de modo directo un problema cuya solución ni conoce ni vislumbra.

Lo que para el niño es una situación de hecho, para el adolescente es algo más. Las dificultades económicas son para él una vivencia llevada al campo de lo reflejo cada vez que tiene ocasión de comparar o de evadirse. Un retardo en la compra del primer traje de pantalón largo, la búsqueda de alguien que pueda prestarle el libro de clase cuyo precio de compra escapa a sus medios, ese domingo sin poder ir al cine con los amigos porque no le alcanza el dinero. Múltiples detalles de cada día lo ponen frente a lo que desea, y aún frente a lo que necesita, y que sin embargo no puede obtener.

Se va formando así una convicción de límite que se integra a las demás experiencias y sensaciones subjetivas de limitación, que son nota característica de la adolescencia.

Las consecuencias son incalculables. Puede incubar aquí un pliegue de pesimismo que no tiene nada que ver con el aliento y la vitalidad que son de esperar en este momento de la vida. Para destruirlo, urge crear el contrapeso de una actitud de franco optimismo, cuya evolución esté penetrada profundamente de un cierto sentido de "esperanza".

No hablamos de una vacía esperanza "laicista", que no pasa más allá de la idea de que "algún día cambiarán las cosas". Esto es más bien fatalismo bonachón. Carece de calorías. Una esperanza auténtica es la certeza superior de que este mundo que pisamos hoy está en tensión hacia el otro lado del puente y que ninguna realidad terrena carece de relación con la eternidad. Esto no significa aniquilar todo espíritu de progreso y aceptar las privaciones con las manos juntas y los ojos piadosamente bajos en actitud de plegaria. Por el contrario, la esperanza es el aval más seguro para luchar con éxito, tratando de superar el presente mezquino, pero sabiendo sacar de él la enseñanza positiva que nos puede dejar.

• FAMILIA Y MORAL

Es frecuente confundir el concepto de moralidad, con lo que es apenas un aspecto de los que integran la moral. Lo que se ha dado en llamar "vida desarreglada" o el desenfreno sexual mismo, no agotan la moral. Se puede llevar una vida de perfecto célibe, por ejemplo, y ser deshonesto en los negocios. Se puede ser fiel como esposo por un lado, y por el otro faltar al secreto profesional. Un hombre puede acostarse diariamente a las nueve de la noche y admitir coimas a las ocho y media...

Damos pues a la palabra "moral", un sentido más amplio.

La justicia, el respeto, la delicadeza, la rectitud, y mil otros detalles del quehacer cotidiano, vienen a integrar este concepto, de marcado tinte social.

Por desgracia, los riquísimos medios de que dispone el hombre moderno para di-

fundir sus ideas, no contribuyen a crear una jerarquía de valores. Películas, revistas, afiches, TV, radio y demás órganos se han lanzado a una desenfrenada competencia para ver quién falsea más las realidades, presentándolas con una sobrecarga de frivolidad que asusta. Tienen la particular capacidad de elegir los enfoques más superficiales y coronarlos con las soluciones más baratas. Amor, familia, riqueza, patria, religión, y tantas otras categorías fundamentales, no se manejan en un nivel más alto que el de una letra de tango.

Sensiblería y truculencia, corazón y perversidad, se alternan en la tarea de dar "rango" a toda esta producción que sale al público. Y es necesario confesarlo, eso es lo que más gusta a la gente. Sólo una minoría culturalmente mejor dotada, escapa a esta lacra. Pero estas minorías no alcanzan para pagar los gastos.

En medio de este ruido de magro contenido, el adolescente va abriendo sus ojos, y como aún no está suficientemente dotado como para hacer frente con verdadero sentido crítico a lo que le da su medio ambiente, se limita a recibir, a acumular las imágenes que percibe con todos sus sentidos. La fuerza motora de las imágenes va a ir haciendo el resto.

Sabemos que es imposible, y aun pernicioso, pretender aislar de tal modo a nuestros hijos, que no les llegue ninguna onda de este tinglado de sandeces. Por eso hay que recurrir a vacunas.

Una formación moral fuerte, una tradición familiar de peso, una educación religiosa tan mística como informativa, una habitual cercanía de intimidad entre padres e hijos, un ambiente que predisponga naturalmente a la confianza sin ex-

tracciones a la fuerza, una paz hogareña que vaya desde las relaciones entre el padre y la madre hasta la educación de la delicadeza y la generosidad entre hermanos y aún con los de afuera. Todo esto puede ser el alerta que ponga en guardia al chico que recién comienza a pensar reflexionando, y lo sustraiga de sentirse atado a la danza común.

La sola enumeración basta para dar una idea de la importancia que tiene la familia. No sólo por ser la depositaria primigenia del derecho a educar, sino porque es la que mejor puede dar al adolescente una constelación de motivos suficientemente poderosa como para arrancarlo de una corriente que arrastra sin piedad y con un difícil retorno.

En la vida de una familia pueden ocurrir anomalías. Una de las más simples, aparentemente, es la desinteligencia entre los padres, traducida en frecuentes discusiones y reproches mutuos, cosas que a veces suceden delante de los hijos. Nadie puede decir hasta dónde afectan semejantes escenas a ese mudo asistente, cuyo afecto se ve así distorsionado sin poder tomar partido por un lado ni por otro, con una sensación de impotencia que difícilmente olvidará por todo el resto de su vida.

Mencionamos aún la gran anomalía de nuestra época: las infidelidades y las separaciones. Un hogar que se destruye no se suple *absolutamente con nada*, como tampoco se suple el afecto que ha muerto tras una conducta infiel. La irresponsabilidad de los padres cae indefectiblemente sobre los hijos, a los que se priva, a pesar de los eufemismos —“incompatibilidad de caracteres”, “solución digna” y otras frases de tablero—, de algo que constituye

un derecho y de cuyo cumplimiento no pueden eximir las leyes humanas ni divinas.

El adolescente, mudo testigo de tanto desatino, va perdiendo lentamente la capacidad de asombrarse, hasta que termina por incubar en él lo que siempre vió, lo que siempre oyó, lo que siempre vivió. Muchas actitudes del hombre maduro no se improvisan rápidamente de un día para el otro, sino que se van haciendo lentamente a través de los años, en un proceso donde las vivencias de la niñez y de la adolescencia tienen una importancia suma. Conviene no perder de vista que los instintos comienzan a afirmarse en la adolescencia, echándose así los cimientos para el individuo de la época madura.

● FAMILIA Y COMPRENSION

Las relaciones personales dentro de una familia, no se limitan al trato entre los padres y entre los hermanos. Junto a estas dos líneas de razón horizontal, se desarrolla un trato vertical que va de padres a hijos y de hijos a padres. Incidentalmente, pueden integrar esta línea los abuelos o los tíos, cuando éstos conviven bajo un mismo techo, o al menos cuando su influencia es suficientemente grande como para que en las resoluciones que hacen a permisos y situaciones, se tenga en cuenta su opinión.

Vamos a ver primero el aspecto padres-hijos, el más importante, que debe constituir el centro de la educación, sin intromisiones de personas ajenas al estricto círculo que crea la paternidad natural.

La vida diaria es un movimiento continuo de personalidades hechas —los padres—, alrededor de las cuales se agitan

personalidades que surgen —los hijos—. No se trata de suprimir ninguna de las dos partes del cuadro. Ni de extinguir cualidades reales de los hijos con el mal entendido celo de una obediencia irracional, basada en un manejo “manu militari” y no en el amor que forma hombres de bien. Se trata de que la personalidad paterna, sin mutilarse —pero aprendiendo a guiar y a comprender—, vaya modelando con firmeza y suavidad, ese cúmulo de cualidades y potencialidades que encierra la personalidad que surge, sin suprimir lo que le molesta, arbitrariamente, sino teniendo siempre a la vista el mayor bien de sus hijos, que son la explicación *inmediata* real de su vida.

De hecho, el andar de cada día va creando roces, enojos, retos, caras largas, lo mismo que besos, abrazos, ternuras y alegrías. Pero en el momento de la adolescencia, la comprensión *mutua* entra en crisis.

Subrayamos eso de “mutua”, porque no se puede volcar en una sola de las partes todo el peso del negocio. Es verdad que generalmente hay quien se adapta más y quien comprende menos. Pero la justa distribución del porcentaje total, acusa una proporción atribuible al mayor y otra al adolescente. Nótese el cuidado con que evitamos la expresión de “quién tiene la culpa”. No se trata de encasillar culpabilidades. Se trata simplemente de una situación de hecho, que está allí, como un resultado de “x” proceso, cuya incógnita queremos develar, no a modo de tribunal inquisidor, sino para llegar a algo positivo.

Es muy real —y muy antiguo— que entre generaciones no inmediatas se vaya abriendo una barrera de separación, cada vez más amplia y más infranqueable.

Sucede que el adolescente, por su inmadurez, no está en condiciones de captar muchos de los móviles que guían a sus mayores. Pero también sucede que el clásico “en mis tiempos eso no sucedía”, o “cómo ha cambiado el mundo”, es mucho más frecuente de lo que pudiera parecer a primera vista.

Hay personas a quienes les basta estar en desacuerdo en los jóvenes “modernos”, y así lo proclaman en cuanta ocasión se les presenta, pero jamás se preocupan de intentar un acercamiento, o de ponerse a pensar por qué será que una generación entera ha comenzado a ser distinta.

Ante esta clase de actitudes, el joven en ciernes empieza por cerrarse. Y si eso lo detecta en la propia casa, se terminó la confianza —si es que antes la había otorgado—. Los padres suelen quejarse de que sus hijos, al llegar a la edad “brava”, ya no les hacen confidencias, y hasta parecen haberle perdido el cariño. Olvidan que la confidencia no puede venir porque sí nomás. La confianza es algo que no puede imponerse por decreto. La consideración de “soy el padre” o “para eso soy la madre”, resulta tan abstracta, que no tiene posibilidad de competencia ni siquiera con el simple compañerismo escolar.

La confianza, y mucho más la confidencia, es extraña a toda coacción exterior. No obedece jamás a la táctica del tirabuzón. Por el contrario, nace sola, espontáneamente, cuando el confidente ha sabido crear un ambiente de grata cercanía, cuando se ha esforzado por comprender todas las reacciones del que se confía, aun las más extrapoladas, como son muchas de las reacciones del adolescente.

Hace falta entonces una infinita paciencia. Es grande el papel que aquí juega la habilidad de *saber esperar*, sin forzar la marcha normal de las cosas: esperar para no hacer la reconvención en caliente, esperar para que el reproche no salga con aspereza, esperar hasta sentirse más tranquilo, esperar que transcurra cierto tiempo para dar lugar a la reflexión serena antes de dar un juicio definitivo.

Es más fácil esperar que aceptar la necesidad de dar marcha atrás. Por otra parte, las personas mayores no siempre están bien dispuestas a cambiar una opinión, un enfoque, una actitud, o simplemente a reconocer que estaban equivocadas.

Los indios sioux tenían una oración muy gráfica, enseñada quién sabe por qué misionero de gran sentido común: "*Oh Gran Espíritu, haz que yo no hable mal de nadie antes de haber andado quince días en sus zapatos*". Aplicado a nuestro caso, sería cuestión de no dejarse llevar por las reacciones del adolescente, hasta haber agotado todos los recursos para penetrar en el contrafondo de su actitud. Y esto, dentro de un marco de gran *benignidad*.

No hay que perder de vista que el trabajo de educar es uno de los más ingratos. Puede suceder que nunca se termine por ver el resultado, y hasta se llegue a tener la impresión de que el trabajo está muriendo en la esterilidad. Pero no es así. Se trabaja para un futuro desconocido, que tal vez no se llegue a palpar, pero que llevará fruto cierto. Es como sembrar con los ojos cerrados, sin saber cuándo llegará la cosecha, pero sabiendo que llegará.

● LAS INTERFERENCIAS

Dijimos que puede incidir en las relaciones entre padres e hijos, la presencia cercana e influyente de algún tío o, más frecuentemente, de alguna tía que no se casó y volcó en cambio toda su ternura de mujer en los hijos de la hermana o del hermano. Otras veces es la abuela, acostumbrada al mando omnímodo de su propio hogar, que sin habérselo propuesto, intenta digitar también el hogar de sus hijos. Es curioso, y explicable perfectamente, que esta clase de situaciones domésticas, que a la larga, o a la corta, crean dificultades y molestias que se pueden ahondar con el tiempo, la intransigencia, o por la simple firmeza de actitud de quienes tienen por derecho propio el cargo de educar a sus hijos, casi siempre se debe a personas del sexo femenino. Se encierra aquí un problema de posibilidades: el hombre tiene mayor capacidad de recursos de drenaje, mientras que el mundo de la mujer está algo más limitado en lo que se refiere a "caños de escape".

No vamos a entrar a analizar cada una de estas actitudes. Sabemos cuánta nobleza encierra el alma de una tía que ha cerrado sus puertas a toda otra cosa que no sea sus sobrinos, aunque un problema psicológico empañe a veces las mejores intenciones. Sabemos lo que significa para una madre que se ha estabilizado en la vida, no tener otra emoción más sana que ver a los hijos de sus hijos, y no podemos pretender que no los considere como pedazos de sí misma. Pero queremos ~~mostrar~~ mostrar la otra faz del asunto: las dificultades que pueden aparejar esas personas de buenísima voluntad,

a las que tal vez sólo se les pueda achacar la carencia de una cierta noción de límite en sus tentativas de absorción.

Todo matrimonio joven debe hacerse a una vida nueva. Si el intento de armonía comenzado en el noviazgo, se agiganta desde el primer día del casamiento, se deberá luchar mucho para que el ritmo común de cada hora no vaya desgastando los mejores propósitos. Pero si no se agiganta, al cabo de un tiempo habrán comenzado las discusiones, la vuelta a las posiciones personales, el dejarse llevar por la flojera de una vida en común que no obliga a la gozosa experiencia de estar compartiendo un sacramento y no solamente una vivienda, una mesa o un lecho matrimonial.

Las familias de ambas partes conocen perfectamente el problema. Saben teóricamente que "el casado casa quiere", como dice la sabiduría popular. Saben que es menester ayudarlos a quererse y a unificarse, y los critican por el menor atisbo de desinteligencia. Y sin embargo, en el común de los casos, son las propias familias las que más hacen por impedir que efectivamente arreglen sus cosas entre ellos, sin que nadie pretenda terciar o imponer criterios prácticos.

Por eso la primera lucha del recién casado, es "liberarse" de la familia sin dejar de quererla y sin dejar de interesarse por sus cosas. Y uno de los aspectos de esta lucha se intensifica enormemente cuando comienzan a llegar los hijos.

Todos los familiares se consideran con derecho a alzar al bebé, a pesar de que sus padres quieran acostumbrarlo a permanecer en su "moisés". Todos quieren que se los vista con la cantidad de ropa

que ellos mismos creen necesaria para el nene, aunque la madre haya decidido otra cosa. Todos se consideran capacitados para indicar al padre y a la madre si deben ponerlo así o de esta otra manera. Y como no se puede estar de acuerdo con todos, siempre hay una mayoría a quien se ha dado materia apta para la crítica más despiadada, por venir de quien primero debería comprender que los hijos deben ser atendidos y guiados por los padres.

No digamos nada acerca de los celos familiares por el número de visitas o de pretendidas atenciones que se tienen con una parte o con la otra, porque entraríamos en un terreno que se acerca a lo patológico.

Así se ha ido creando el clima de intromisión.

Si de entrada no se da un corte radical, con toda la prudencia, cariño y delicadeza que la cosa exige, más adelante será mucho más difícil evitar peores imposiciones. Los padres tienen su misión, distinta a la de los abuelos o los tíos, que también tienen la suya, y esas tareas específicas no son intercambiables ni delegables de modo absoluto.

Cuando las cosas han ido progresando sin solución de continuidad, no es raro que una abuela o un tío, tenga poder para conceder o negar algún permiso. O por lo menos, por respeto a la opinión de la abuela —los abuelos suelen ser más prescindentes—, se impone algo o no se permite algo al niño.

Pero en el momento de la adolescencia, gran parte de los conflictos o los deseos de ese ser que se estira material y espiritualmente, sólo pueden ser gobernados en base a mucha cercanía de alma. La

autoridad pasa a ser un artículo de galería, para ser suplida por una extraña mezcla de amor y respeto, cuando no deja el sitio a la tempestuosa rebeldía. Es el gran momento para los padres que no se han "funcionalizado". Y aunque a los interesados les cueste creerlo, los abuelos o los tíos generalmente son incapaces de llenar con éxito un sitio que la naturaleza no les ha asignado.

Más aún, la intromisión en la conducción del adolescente, puede resultar nefasta. Sobre todo cuando hay discrepancias entre los padres y los que no lo son, pues ya se sabe con qué poca prudencia se aconseja en contra de lo que enseñan los propios padres.

Se impone una conclusión: que el hogar sea *efectivamente* lo que debe ser. El sitio donde la madre es la reina indiscutible, donde el padre lleva el timón pero guardando con ella un acuerdo en el que los hijos jamás puedan encontrar la menor filtración, donde los hijos son grandes compañeros de sus padres, compañerismo que sirve para afianzar la obediencia y la confianza mutua, donde los hermanos beben a diario esa sensación de cariño y unidad que parte del trato que se dispensan los padres entre sí, y que cae sobre los hijos como empuje vital para llevarlos a vivir espontánea y reflexivamente la grandeza del hogar cristiano.

De este modo, el matrimonio sacramental se convierte en el caldo de cultivo donde los padres hacen de su vida una fecunda experiencia de amor y donde los hijos nacen y viven bajo el signo fértil de la Gracia. Por algo el Crisóstomo dijo "el hogar es una pequeña Iglesia", usando para ello una mayúscula que habla por sí sola del sentido paulino de la expresión.

● FAMILIA Y MATERIALISMO

La "materia" es una palabra que sugiere muchas cosas.

Para muchos ascetas del espíritu, es algo horrible y nefasto de lo cual es menester liberarse para lucrar el Reino de los Cielos. Para otros, es el principio a partir del cual se ejercerá el dominio del espacio, del estado y de las naciones. Hay quien identifica materia con todos los vicios del ser humano.

Por encima de toda esta suerte de definiciones, nosotros nos quedaremos con una noción más bien simple: materia es todo lo que sobra cuando decimos espíritu. El mundo está lleno de materia, a Dios gracias, y de espíritu. Todas las cosas tienen su lado material, hasta el mismo Dios, si bien ontológicamente es *pu* espíritu, sin embargo se nos da a través de hechos y cosas con mescolanzas materiales. Y nosotros no podemos llegar plenamente hasta él, aquí abajo, si no le entregamos inclusive la materia que somos, en un esfuerzo real de integrarla al Espíritu que no somos. No se trata de aniquilar la materia, sino de asignarle también nosotros la finalidad por la cual ha sido creada por Dios.

La materia no es mala. Dios permite el pecado pero no lo quiere. En cambio a la materia la quiere y por eso la crea expresamente. Al hombre lo hizo libre y el hombre puede pecar, aunque mejor sería que no lo hiciera. En cambio el hombre no puede dejar de ser también material, pues para eso no es libre.

Cuando hablamos de materialismo, no intentamos condenar la materia. Ni siquiera negamos la necesidad de un cierto materialismo bien entendido.

El problema se plantea en dos líneas: la finalidad de la materia, y la proporción en que debe entrar en la vida práctica.

La materia debe estar ordenada al fin del hombre: he ahí su finalidad. El peso de la materia con detrimento de otras cosas puede apartar al hombre de su fin y hacerle creer que está en el mundo para gozar sin límites y cuanto más goce, tanto mejor.

De ahí que entendamos al materialismo como una manera de enfocar la vida —aspecto teórico e intelectual— que lleve al menosprecio práctico —la realización de la teoría— de lo que no sea materia o no esté ordenado a ella. No es necesario que se diga nada: basta observar la manera de vivir, para determinar si una familia tiene o no criterios materialistas. Puede ser que se hable mucho de los valores espiritualistas, pero si en la práctica se tiene como meta acariciada “la casita propia”, “la salud corporal”, “unos pesitos, por si acaso”, y *nada más*, se sigue siendo materialista y no se ha superado la etapa semi-vegetativa de la burguesía común.

Hemos dicho ya que el niño y el adolescente son altamente tributarios del medio familiar que los envuelve y de sus enfoques caseros. El ambiente les pone una marca inconfundible, dejando en ellos el rastro de una determinada orientación, hasta tal punto, que la escuela, por ejemplo, no logra corregir en muchos años ciertas modalidades.

Los cánones familiares, con sus intereses primarios, se van configurando sobre múltiples bases. La estrechez económica con sus ansias de superación, el liberalis-

mo anodino que inficiona desde la enseñanza hasta las artes, una formación religiosa de información pero no de penetración y mucho menos de realidades sobrenaturales vividas a fondo, una deseducación cívica sobresaturada de acomodos políticos, un catolicismo tradicional en ritos externos muchas veces con la presencia de autoridades públicas que jamás hicieron un acto de fe, esperanza y caridad, una sensiblería de días feriados que se conmueve ante el color blanco del guardapolvo escolar (sic!), pero que desconoce el dolor de los hombres, mentes cronológicamente maduras que pasan la semana esperando la jornada futbolística del domingo, pero que se reirían a carcajadas de un cuadro de Van Gogh. Todo esto da un tono especial al mundo que así se forma.

No es que haya maldad moral. Pero se traza un horizonte demasiado limitado, chato, sin resonancias, con piso de tierra.

Si se agrega además, como generalmente ocurre, una preocupación dominante por el placer o las diversiones, la cosa se agrava, desde que se va eliminando poco a poco lo serio, lo que realmente puede producir cierta sensación de “lleno” y traer aparejado algún sosiego a las inquietudes de *todo* ser humano. Entran en decadencia, o más bien no entran, la buena literatura, la música clásica, el mundo de las artes, el esfuerzo de una moral sin tachas.

Con el decaer de lo serio, baja también el ámbito de los ideales. Ya no se apunta alto. Los hijos oyen decir a sus padres eso de “tener carrera”, formarse un porvenir, ubicarse en la vida, etc., etc., pero se habla poco de investigación, de ciencia, del significado de una cátedra

● SAUL M. RODRIGUEZ AMENABAR

universitaria, de un profesorado, de formación del carácter, de orientación profesional seria, para no mencionar más que unos pocos temas universales.

Así se va ciñendo el panorama.

Así van saliendo los hombres del futuro.

El mundo de los sueños y de los anhelos se va quedando pegado a tierra, en la misma medida en que se van matando las ansias de levantar vuelo.

Al adolescente hay que enseñarle a elevar la mirada, para que al apuntar más alto, tenga también mayores motivos para jugarse, para salir del montón.

Y los motivos de tipo "materialista" no son suficientemente poderosos para que el muchacho aspire a no ser "uno de tantos".

● CONCLUSION

Una vez más debemos sabernos y sentirnos enormemente responsables. La juventud de hoy es un resultado de lo que edificó el mundo de ayer, es un legado de su mentalidad y de su actitud práctica. Pero la juventud de mañana será el resultado de lo que *hoy* somos nosotros. Nuestra vida es el espejo en que ya se está gestando la proyección de la imager, que veremos mañana. Nadie vive en vano y sin dejar su rastro.

Si de esa vida nuestra de cada instante, nuestros hijos pueden llegar a decir algún día la frase del latino "*sic itur ad astra*", entonces habremos trazado por ellos y para ellos el signo inconfundible que les permitirá descubrir con certeza, cuál es el camino que conduce hasta las estrellas.